

PORNOMISERIA

Un primerísimo primer plano: imagina una escena porno donde un pene entra y sale de una vagina. Un pene que entra y sale de un ano. Los agujeros oscuros se muestran y sus relieves dejan al descubierto lunares, pelos y manchas de nacimiento. Movimiento de cámara: enfoque en las manos de un hombre. Son fuertes, grandes y abren brutalmente el ano que se expande con todas sus arrugas. Introduce diversos elementos. Hay botellas, cuerdas, cuchillos, cintas de embalaje. La mano izquierda con movimientos independientes de la otra. Agarra la piel como trozos de carne, una teta, un culo. Cambiamos el ángulo de enfoque: una erección firme, venosa y cada vez más húmeda en el contacto de su propia saliva. Una eyaculación exagerada sobre el ombligo de algún cuerpo femenino. Podría ser una mujer, parece serlo. Pliegues de piel, curvas. Algunos moretones, algunas heridas. No hay caricias, no hay puntos erógenos. Hay sexo duro, *hardcore*.

La caja del escenario puede ser la sábana de una cama, un sillón, un baño. Cierta lugar común o exótico, como tú quieras. Los contextos y los métodos suelen ser diversos. Existen imágenes variables: exteriores, interiores, con o sin iluminación, con o sin terceros. Una eterna posibilidad de ruidos y movimientos. En esta escena hay gemidos, hay gritos, hay llanto. Existe una voz dominante.

Vamos moviendo la cámara. La imagen incluye golpes, sado. Al cuerpo lo arrastran por el piso. Le agarran el pelo, la arrojan contra los muebles. Hay más sexo aún, bofetadas. Pero sobre todo un pene que entra y sale por todos los orificios posibles.

La escena se vuelve sólo griterío. La imagen es la repetición de estas acciones infinitamente, como los cuadros del montaje pornográfico. Siguen los golpes. Sigue la penetración, ya no sólo de un hombre. Aparecen tres hombres más. Se encienden un par de focos, se apunta hacia el cuerpo penetrado. *Close-up* del rostro femenino. Se exhiben partes mutiladas, amarradas, sometidas, laceradas. Sólo partes. Fragmentación, caleidoscopio. La siguen violando. Ella dice no, pero ellos siguen.

Esta imagen se repite por el mundo. En el piso de arriba, en la casa del lado, en tu cama.

Imagina que estás en ese lugar. Imagina que a nadie le importa. Imagina que para que importe te dicen que podría ser tu familia. Una articulación de roles. Mercancías estigmatizadas, una forma del dolor. Imagina que otros dicen que no es nada. Finalmente es sólo un pene que entra.

Ahora puedes dejar de imaginar. No hay cuerpos, porque ni siquiera nos pertenecen.

La primera vez que palpé lo que había entre mis piernas me aterró. Nunca había sido consciente de las fibras y la materia que componían mis genitales hasta ese momento. Debo haber tenido al menos nueve años. En la quietud de una familia que duerme, decidí acariciarme intuitivamente para conocer qué había en las profundidades de mi cuerpo. Si bien ya me había tocado, nunca antes lo había practicado de esa forma. A pesar del miedo que provoca lo desconocido, el placer de lo que constituye un primer orgasmo fue más intenso que el recelo de saber qué era esa carne que poco a poco colgaba de mi vagina.

Aunque con los años esto fue un ritual que se abría hacia las noches. El frote constante en las almohadas, las manos moviéndose vertiginosamente dentro del calzón. Me seguía aterrando la magnitud de mis carnes, sobre todo después de una clase de Educación Física. La profesora, en una charla improvisada sobre sexualidad, nos propagaba el miedo con la menstruación. Bueno, no sólo con eso, sino también con la bestia que nos habitaba bajo la falda. Esa vez dijo: «Las mujeres enfermas, a las que llaman lesbianas, tienen una especie de pene que meten en las vaginas de otras mujeres». Sin conocer aún otras vaginas, tocaba y sentía mi clítoris y mis labios demasiado grandes. Me sentía rara, extraña. Entonces pensaba: «Obviamente soy lesbiana», y me avergonzaba contar la verdad de mis carnes.

Mientras todo esto iba siendo descubierto entre la niñez y la pubertad, Valeska, una chica de mi edad que vivía en el segundo piso de los

blocks, estaba descubriendo su vagina porque su padre la penetraba incesantemente apenas llegaba del trabajo.

Valeska vivía con su madre, su padre y dos hermanos. No recuerdo sus nombres, pero sí sus rostros. Su papá, al que llamaré Luis, llegó con aires altaneros al pasaje. Se las daba de jefe y comentaba las influencias que tenía en la municipalidad del pueblo. Una vez le escuché decir que tenía unos contactos para hacer una plaza en el peladero de la cancha. Todos decían que era su estrategia para que lo eligieran presidente de la junta de vecinos. Junta que sólo funcionó aquellos años en que los primeros allegados a la población de las nuevas viviendas sociales no se aburrían del hacinamiento. Por esos días vivir en los departamentos del SERVIU no se transformaba en un gran problema.

Aunque nunca tuve mucha interacción con él, escuchaba como mi papá y sus amigos hablaban a sus espaldas. Acá no se perdonaba al que se las daba de cuico, si al final hacía lo mismo que todos: sobrevivir.

Al tiempo se supo que Luis laboraba en una empresa de televisión por cable que estaba de moda en los noventa. Hubo una temporada donde todos tuvimos acceso al MTV y a Nickelodeon. Algunas compañías habían apostado por instalar un par de antenas en la población. Y mientras un vecino pagaba, cien se colgaban. Incluso había un cabro que lo hacía por luca, el Araña, un chico alto y delgado con cabellos lacios y negros hasta la cintura. Usaba poleras de bandas metaleras y decían que tenía un ojo de vidrio. Se enganchaba a los postes en un minuto y movía sus piernas velozmente, como cualquiera que haya nacido en la selva. Luego perforaba los ladrillos con un taladro que le pedía a mi viejo y pasaban la extensión de la señal. Al final, esa fue la única democracia radical de nuestra población. Una recuperación de las imágenes que nos eran arrebatadas por el bombardeo de la televisión nacional.

Los fines de semana Luis salía con sus hijos en la camioneta de la empresa. Un vehículo rojo de dos cabinas. Decía que salía a instalar TV cable. Esto lo sé porque todo lo que ocurre en un block se sabe. Todo lo que hacíamos se comentaba como en una gran familia, aunque los odieras, como a toda familia.

Las noches de sábado se sentía llegar el motor de su Chevrolet. Un rugido ronco, mientras bajaban él y sus hijos vestidos de overol azul marino. Salían con carriles de metros y metros de cable que nunca fueron instalados, sino al contrario. Por ese entonces el cobre fue la fiebre de muchos entusiastas que alucinaron con su rojizo resplandor. El tesoro del territorio, arrebatado para su liberación.

La madre de Valeska, a la que llamaré Cristina, era una mujer que se preparaba para ovillar. Su cuerpo bajito se iba hacia adentro, delineando una futura joroba a pesar de su juventud. Llevaba surcos hondos bajo los ojos, donde sus ojeras pernoctaban como parte fundamental del rostro. Tenía aquella mirada que se arruga ante el observador, con una pendiente inclinada al suelo. Cabello corto, negro, nada de maquillaje. Falda a media pierna, manos pequeñas y pálidas. Pies en botines de chiporro. Chaleco abierto, *beetle* café. Una señora de texturas gruesas en sus ropajes, a modo de blindar la espesura del silencio. Marrón, pardo, castaño: modos de llamar al color de lo común, de lo uniformado. Un tono que podría vestir túnicas y árboles para no llamar la atención, para adherirse a la corteza de su estancia en el olvido. Un pigmento que se presenta a diario por el gallinero que es Chile.

Creo que recuerdo más a su mamá que a toda su familia. La veía mucho cuando recién llegaron a vivir al pasaje. Los demás integrantes eran un apéndice de lo que puede significar un cuerpo materno que se desgaja. Aquel continente de estrías como membranas de donde se figura la creación. Tengo un torbellino de imágenes que saturan mi memoria. Esto es algo que aprendí, pero no necesariamente recuerdo. Es como cuando veo las fotos de infancia. Las celebraciones de cumpleaños, la primera comunión, el último día de clases. Son fotografías, *collages* de representaciones, un espiral hondo que empuja hacia el pasado.

No tenía muchos permisos para salir a jugar a la calle. Dependía del horario escolar o las vacaciones. Pero como Valeska vivía arriba era más fácil juntarnos en la escalera, entre su departamento y el mío. Un búnker de fierros y concreto que dibujaba una estructura de peddaños. La imagen que mejor recuerdo de ella es la blonda de sus calcetines y sus zapatillas blancas manchadas de rojo. Su casa tenía el cemento del suelo maquillado con tierra color y cola fría. Esa pintura hechiza que vendían en un puesto de la feria: un localcito adornado con cabezas de muñecas y botellas de plástico apiñadas junto a otras que contenían cloro.

Ella no hablaba mucho; yo tampoco. Sin embargo, nuestras *barbies* se encargaban de llevar el juego hacia las palabras y la acción. Jugábamos mientras nuestras madres cocinaban. Cada una en su burbuja de ollas y sartenes para soportar una rutina alterada por la división de cada piso. Aliñando a su antojo la comida que nos entregaban minutos más tarde, con los recuerdos de su noche anterior.

La cocina era su lugar de liberación. Siempre imaginé que mi mamá, en vez de llorar, cocinaba. Limpiaba el baño, ordenaba nuestra ropa. Con una composición de la rabia que nadie podría advertir más que ella. Una especie de venganza silenciosa en lo doméstico, donde la contención del rito elevaba los gestos en algún cambio imperceptible para nuestros ojos. ¿Y es que sino cómo? La casa siempre estaba demasiado limpia, la comida a una hora exacta, la ropa planchada, el baño con cloro, las plantas regadas. Nosotros acostados a las nueve con las tareas revisadas y ella, aún despierta, ordenando sus cosas para volver al trabajo.

Lo descubrí cuando tenía ocho años. Estaba en tercero básico. Supe que mi madre hacía pequeños cambios para equilibrar su desagravio. En su perfección, había detalles que parecían descuidos, pero nunca lo fueron. Era su modo de escapar, de gritar.

La primera vez que lo advertí fue cuando me peinó una tía. Siempre me pareció extraño que entre mi madre y mi abuela hubiese tantas diferencias en el modo de pasar el cepillo. Tomar la cabeza, trenzar el cabello. Cuando le tocaba a mi abuela, lo hacía delicadamente, preguntando cada tanto si me tiraba mucho el pelo. Me hacía peinados con diversas trenzas, colas y tomates espigados que tejía sólo para mí. Cuando le to-

caba a mi madre, pasaba con rapidez. Nunca me preguntaba si me dolía. Yo daba un grito de vez en cuando para ver si cambiaba el ritmo y porque de tanto pelo se me hacían nudos en la mollera. Hasta ahí todo bien. Pensé que eran modos distintos, hasta que llegó el turno de mi tía. Me parecía extraño que acariciara tan suavemente mi cabello. Que tomara mi pequeña cabeza como un objeto muy preciado, al cual arrullaba semejante a un pequeño gatito. Me preguntaba atentamente de qué modo quería el peinado. La última vez que lo hizo me puse a llorar. Tenía ocho años, pero todo se había dilucidado para mí. No sólo quería que mamá lo hiciera de esa forma, sino que entendía por qué era diferente.

Lloraba porque algo en mí sabía que cuando mi madre me peinaba se desquitaba de la injusticia de ser ella.

A mí mamá la conocía, la miraba, la investigaba. Abría sus cajones, leía sus cartas, me probaba sus vestidos. Imitaba sus gestos, intentaba escuchar sus conversaciones. Conocía su olor. Revisaba fotografías, maquillajes, pequeñas joyas de fantasía. Pero entonces mi duda era: ¿Cómo lloraba la mamá de Valeska? ¿Cómo hacía el aseo? ¿Cómo cocinaba? ¿Cómo la trenzaba antes de ir a clases? No sabía qué lugar de la cama ocupaba. Tampoco estaba al tanto de los aliños de sus almuerzos o las cascaritas de infusión que ocupaba para sus «agüitas de perra». No conocía la disposición de sus objetos para ocultar el llanto.

Cuando llegaba Luis del trabajo, entraba a la Vale un rato. Yo pensaba que era para tomar once, como nosotros. A veces salía de nuevo, otras veces no la veía hasta días o semanas después. Alguna vez pensé en fabricar un teléfono con vasos de plumavit y lanitas, pasarlo de su ventana a la mía. Quería que conversáramos. Preguntarle si estaba mirando la tele o si quería bajar a la escalera. Nunca lo hice, me dio vergüenza. Tampoco sabía muy bien cómo tratar a las amigas.

En una oportunidad se fueron de vacaciones por un fin de semana entero. Mientras jugaba en el patio, veía un chorro de agua caer desde las escaleras. Mi mamá, muy nerviosa, dijo: «¡Se les quedó la llave abierta!». Después de eso tengo el recuerdo de una catarata

entre mi patio y el lavadero. El techo blanco que dividía ambas madrugueras estaba hinchado de humedad. De su departamento salía agua hasta por las ventanas y el pasaje entero ayudó a secar.

Mi papá no estaba, mi mamá lloraba, mi hermano gritaba y yo no sabía qué hacer. Cuando llegaron de las vacaciones lo hicieron sin el padre, sin Luis. Al parecer se había quedado trabajando fuera de la ciudad. Nosotros estábamos inundados por dentro y por fuera. No había plata para una restauración. Esa misma noche la mamá de Valeska golpeó la puerta y se reunió con mi mamá y después con mi papá. No supe exactamente qué se dijeron, pero la vecina al día siguiente volvió con un tarro de pasta muro y los ojos llorosos. Al rato mi papá se puso a parchar el humedal del techo en absoluta mudez.

Las manchas quedaron ahí, cubiertas por serpientes de pasta muro. Siempre que miraba el techo antes de dormir veía dibujos en los surcos del agua. Culebras zigzagueantes que acechaban los sueños. Años después le escuché decir a mi mamá que ese día Cristina lo único que pidió fue silencio frente a su esposo. Mi papá, entonces, nunca le dijo al vecino lo sucedido con la inundación.

Con el tiempo nunca más jugué con la Vale. Ni a ella ni a mí nos daban permiso para salir a la calle. Y ella se veía poco, a diferencia de sus hermanos que jugaban y siempre tenían peleas con mi papá. Azotaban pelotazos contra la defensa de las ventanas. Por eso mi viejo regaba bien temprano dejando un barrial entre las ligustrinas para que los cabros no quisieran chutear. Sin embargo, de la Valeska nada. No se veían rastros ni de ella ni de su madre ni de su padre. Hasta que veíamos la camioneta y él bajaba. Al rato, la música de su casa se subía a todo volumen. Un tecno noventero que Luis solía poner fuerte todos los sábados sonaba a mitad de semana. El signo del terror.

Hora de once, nosotros sentados en la mesa mientras veíamos la teleserie. Subíamos también el volumen para poder escuchar. Pero a veces resultaba casi imposible. Pues no era sólo música: se arrastraban muebles, caían platos. Se escuchaban portazos y otros ruidos extreme-

cedores, como llantos y gritos. Era tal la intensidad de estos bullicios que mi mamá nos decía que era la tele del vecino. Con mi hermano lo creímos hasta cierta edad, después lo pusimos en sospecha. Al final lo olvidamos como todo.

Al paso del tiempo varios vecinos tuvieron problemas con esa familia. Sobre todo nosotros. Los hermanos de la Valeska ya eran adolescentes. Siempre le tuvieron rencor a mi viejo por lo de la pelota y el barrial. Claramente no eran los únicos que le tenían sangre en el ojo. Mi papá era un tipo corto de genio. Se enojaba rápidamente y solía ser más impulsivo que reflexivo. Pero tampoco fue tan pesado con los cabros. De hecho, sólo le molestaban los pelotazos, pues retumbaban a tal fuerza que apenas nos escuchábamos. Y ahí el lío de siempre. Salir, quitarles la pelota, regar hasta el cansancio, plantar más ligustrinas.

Sin embargo, no todo era odio. Para que pudieran jugar tranquilos a la pichanga, intercedió para hacerse cargo del peladero que teníamos de cancha. Se organizó con los vecinos para enjear a punta de alambre y soldadura. Pusieron algunos focos para los campeonatos y lavaba hasta las poleras del equipo. Todo eso funcionó varios años, hasta que los vecinos empezaron a fugarse en masa de la población. Creo que algo de su infancia fue depositada en esa motivación: un huérfano que luchó por tener un lugar de juego.

En fin, el gran problema pasó cuando yo estaba en la enseñanza media. Recién había pasado a primero. Era el año en que me habían dado más responsabilidades en casa. Ya no me cuidaba mi abuela y estudiaba en el centro del pueblo. Podía tomar micros, quedarme sola y calentar la comida. Junto a ello, heredé hacer el aseo, cuidar a mi hermano y tener las llaves.

Una tarde llegué del colegio y mientras entraba a casa noté algo extraño. Mi radio no estaba. La busqué y nada. Se me ocurrió llamar a mi mamá, pero para mi sorpresa tampoco estaba el teléfono. La casa estaba desordenada. La ausencia tenía un eco extraño. Sentía que, fantasmalmente, una estela de huellas rozaba la habitación. Nuestras colaciones estaban

a medio comer en la cocina. En la pieza de mi hermano chico faltaban hasta las estrellitas que se pegan al techo y brillan en la oscuridad.

Salí a buscar a alguien que me ayudara. Al rato llegaron todos, incluso los ratis. Nunca hubo resultados. Para nosotros no hacían falta pruebas. Bien sabíamos quiénes eran. Exactamente un mes antes del robo, ya me habían sacado la radio. Y por el dato de un vecino supimos que dos pasajes más abajo la tenían. Cuando mi mamá supo fue a buscarla. Pescó el pedazo de antena que le faltaba para comprobar que era la nuestra y se la trajo. Los chiquillos que la tenían dijeron que unos cabros del block 10 se la habían vendido. Obviamente esos eran los hermanos de la Valeska.

Mi papá, por consejo de mi mamá, no hizo nada al principio. Le costó, pero no hizo nada. Esperaban que la justicia hiciera algo. Fueron a algunos interrogatorios, a un par de careos, pero nunca pasó nada más que una gran pérdida de tiempo.

Una noche de Navidad, mi papá y su mejor amigo decidieron vengarse. Ya dije que mi papá es un impulsivo. Yo esa noche sólo sentí una quebrazón de vidrios y luego un apagón que se mantuvo varios minutos, tipo cuatro de la mañana. Ya no había mucha gente en las calles. A esa hora decidieron meterse al departamento de Cristina, Luis, Valeska y los hermanos. No robaron nada; lo destruyeron todo.

Desde ese día no pude quedarme más en casa. Había perdido lo único que había ganado a los trece años: la posibilidad de la soledad y escuchar música a mi antojo. Sin embargo, la pérdida era mayor. Simbólicamente, yo resultaba ser el punto de venganza de vuelta. Volví a quedarme donde mi abuela todas las tardes después del colegio.

Lo peor de esos años era ver a Cristina. Un largo ir y venir a casa buscando el concilio a duras penas, mientras escondía moretones y heridas. Todos miraban con lástima, pero nadie hacía nada. Yo sentía que la dinámica siempre era la misma. Habladurías, quejas, finalmente nada.

Un día se fueron. Arrendaron el departamento a otra familia. Lo último que se supo fue que se habían trasladado al paradero 40 de la Gran

Avenida. Cuando se cumplió un año de su mudanza, Luis se mató. Lo encontraron colgando de unas vigas del segundo piso. La Valeska había quedado embarazada. El incesto era la única vergüenza que Luis no podía silenciar con el tecno. Ahí recién supe cómo lloraban la Valeska y su mamá.

Cuando salía del colegio tomaba nuevas rutas hasta perderme en el laberinto de los palafitos vecinos. Una arquitectura miserable de extensiones para los nuevos hijos e hijas que iban poblando los cuerpos y las calles de las mujeres del sector. El paisaje abrazaba la ruina de ellas con los allegados a la amplificación de sus madrigueras. Una línea imaginaria delimita las fronteras del barrio. Se vuelve real entre cordeles que recortan la imagen obturada del que mira. Muchachas diversas cuelgan las ropas que se estrujan en tarros de pintura, en baldes de plástico. Una improvisación adherida al vestigio de sus rutinas. Perritos de madera, perritos de colores. La mezcla de lavaza y piñen entre sus dedos.

La pita aferrada a ladrillos brutos, revestidos de cemento. Amarrada al óxido de los clavos o en la trama de una cuerda que se empuña a los alambres. Brotando de una posición asentada en la construcción a medias de cualquier patio aventurado a la hiedra. A los artefactos que se ordenan en el reciclaje de otras basuras. Tachos de loza, juguetes viejos, muebles rotos y barro, siempre barro. Esas líneas geométricas de los tendederos que figuran la imagen que guardamos desde nuestra primera memoria. Una memoria visual se afirma en los pedazos corporales que habitamos.

Pienso en el desgarró que desborda la ruina, entre el estilar de la ropa y el sol. La trama de historias que despliegan esos cuerpos. Cuelgan las prendas con la diferencia de quienes componen su propia obsesión. Separar los colores, dar vuelta pantalones, poleras, vestidos. Gotitas de cloro, secado al viento o al aparato llamado centrífuga. Por esos años,

separada aún de las primeras lavadoras automáticas, se ordenaban en los patios con violentos movimientos hasta estrujar las últimas aguas con detergente. Escobillar las manchas, los bluyines, parchar las rodillitas, los codos, apilar calcetines, como una sola mujer con toda la historia sobre sus hombros.

Entonces, ¿qué era ser mujer? Resultaba normal esconder todo tras las acciones domésticas. Resultaba normal que me cuidaran en extremo en relación a mi hermano. Resultaba normal que a los doce años me estuvieran comprando mi primer sostén talla cero y que todos los chicos del pasaje se enteraran de que ya comenzaba a ser lo que temíamos: una mujer. Por ahí, ya no era apropiado subirme a los árboles ni jugar a las bolitas. Pues tenía que prepararme para la menarquía y ahí la cosa se ponía peligrosa. Todos articulaban los movimientos para hacerme una mujer. Sin embargo, nunca nos explicaron el porqué ni tampoco me preguntaron si yo quería serlo.

Incluso recuerdo que una vez mi papá me gritó en la calle. Yo tenía tanta rabia. Nunca me dejaban salir a callejear, pero estábamos de vacaciones y ahí el tiempo se volvía infinito y amable. Con las niñas de los blocks nos reuníamos a andar en patines, jugar al elástico o andar en bicicleta. La postal se repetía en cada pasaje. Una de nosotras se subía a la bici. Una sentada adelante, otra parada en la rueda trasera, mientras las demás mirábamos o empujábamos al vuelo. O cada una se ponía un patín. Y como equilibristas del ripio, solidariamente esperábamos nuestro turno. O el juego comunitario: pantis viejas amarradas de poste a poste, que saltábamos como expertas gimnastas.

Seis de la tarde, mi papá llega del trabajo. Me dice que vaya a casa. Aún es de día. Confundida, no entiendo por qué desea que entre tan temprano. Sigo jugando un rato con las niñas. Cuando ve que no hago caso, se devuelve y me grita frente a las chiquillas. Por esos años me sentía en desventaja, no tenía el ritmo de la calle. Cada verano tenía que volver a hacerme amiga de todas. Cada verano era como la nueva, porque no me veían el resto del año. No entendía por qué conmigo

eran tan injustos. Me sacaba buenas notas y no decía garabatos. Pero claro, tenían horror que fuese una mujer y con ello sus adjetivos del momento: indefensa, frágil.

Lo que más rabia me daba era que creía ser todo lo contrario. Me gustaban las artes marciales, leer historias de piratas, salir con la patineta calle abajo. En fin, no era muy distinta a mi hermano.

Al interior de casa, mi papá se puso a discutir con mi mamá mientras yo lloraba. Después comprendí que era sobre mi ropa. Entendí que no podía usar minifalda. Lo único que escuché era que me estaba convirtiendo en mujer y afuera todos esperaban ver aquellos cambios.

Cuando lo escuché, le grité: «¡No quiero ser mujer!», y me fui a la pieza. Al otro día, para que se me pasara la pena, mi mamá y mi abuelita me regalaron un estuche con toallas higiénicas de color violeta, un desodorante Impulse y un calendario para marcar las fechas de mi período. Era una carterita rosada con flores lilas que tenía un espejo pegado en una de sus fundas. El calendario era de Village con ilustraciones de Sarah Kay, esos melosos dibujos de niñas y niños románticos que también colmaban nuestras esquelas. Era una especie de bienvenida a un mundo que no quería.

Ese fue justo el año en que se pusieron de moda los videos sobre sexo. En el colegio nos pasaban una y otra vez aquellas películas. Era la revolución hormonal y debían tomar precaución. En mi caso daba lo mismo. Me caían mal los niños, los encontraba tontos. Apenas podía hablar con ellos. Nuestro único tema de conversación era Dragon Ball. Por lo demás, ya me había besado con la mitad de mis amigas del verano. No sólo andábamos en bici, en patines y jugábamos al elástico. Debíamos aprender a dar besos. Apenas oscurecía dejábamos a un lado los juegos y nos poníamos bajo los medidores de luz.

Los filmes de la escuela eran horrorosos. En la clase de Orientación, la profe Angélica ponía el vhs. Un patito ocultaba los genitales de un hombre y una mujer en dibujos. Nadie entendía cómo la supuesta chica estaba embarazada, después que su patito jugara con el patito del tipo en una tina. La cosa es que nuestra sexualidad estaba prohibida. Incluso en los libros de ciencias naturales, donde mis compañeros dibujaban penes en todo lo que se relacionaba con

un cuerpo desnudo. Aunque, mejor dicho, no había selección: dibujaban penes en absolutamente todo.

En una de esas idas, desde el colegio hasta la casa de mi abuela, observé que un hombre me seguía de cerca en una bicicleta. La escena era esta: una niña de doce años caminando después del colegio y un hombre cualquiera sin rostro, de una edad parecida a mi padre. En ese momento algo intuí y me aterró. Me puse nerviosa y empecé a caminar más rápido. Él apresuró el andar de la bicicleta hasta adelantarme y cruzó las ruedas, de manera que yo sólo pudiera retroceder, pero no avanzar. Eran aproximadamente las dos de la tarde. Los laberintos que componían las pequeñas calles y sus palafitos estaban vacíos. A esa hora todo el mundo se encerraba a ver tele, se internaban para almorzar. Él me dijo: «¿Cómo te fue en el colegio? ¿Conoces a la Romina o a la Camila?». Mencionó varios nombres de niñas, intentando calzar alguno con alguien que conociera. Yo intentaba contestar, para que no se diera cuenta de lo nerviosa que estaba. Me preguntó si quería dar una vuelta con él en bicicleta. Yo le decía que no, que me esperaban a comer en casa, que tenía que estudiar. Él se aburría y se fue.

Lamentablemente, esta escena se repitió un par de veces. El hombre me esperaba a la salida del colegio, adivinando las rutas para seguirme. Me quedé callada, tenía miedo. La última vez que lo vi no fue tan amable. Mientras intentaba escapar, él frotaba el asiento de su bicicleta contra su cuerpo. Empezó a bajarse el cierre del pantalón. Con una de sus piernas apretó la mía y tomó una de mis manos, acercándola hacia sus genitales. Sentí algo duro, estaba confundida. No entendía muy bien qué pasaba, aunque tenía la sensación de estar sucia. En ese instante miré hacia otro lado, intentando no estar ahí.

A plena luz de día, un tipo del que no sabía nada. Sólo porque podía hacerlo. De lejos vi a una señora que se parecía a una amiga de mi mamá. Estaba a punto de cruzar la calle principal. Nunca supe cómo se me ocurrió y grité: «¡Mamáááá!». Grité tan fuerte, que ella se dio vuelta y él, desconcertado, soltó mi mano y mi pierna. Corrí, corrí con

todas mis fuerzas, como cuadra y media. Nunca miré hacia atrás y me puse al lado de la amiga de mi mamá, que nunca supo nada o siempre lo supo todo y no me preguntó. Sólo recuerdo haberla saludado tan feliz, tan desesperadamente feliz, que ella sonrió y me dio la mano para cruzar la calle. Caminamos como dos cuerdas en silencio y nos separamos.

Un día, a la hora de once, mis papás hablaban del rumor. Supuestamente había un hombre que acosaba a las niñas en su bicicleta a la salida del colegio. Después de mucho vacilar, con mucha vergüenza, dije que un tipo me había seguido y preguntado cosas extrañas. Mis padres no me preguntaron nada. Al día siguiente estaba mi abuelo a la salida del colegio, como todos los días que le siguieron a ese.

Una tarde en el cementerio, visitando la tumba de mi abuelo, mi abuelita me confesó que en su infancia había sido abusada por su padre. Esa era una de las razones por las cuales había escapado de casa. La miré y no supe qué decir. Todo había empezado con una ingenua pregunta: «Abuela, ¿por qué nunca vas a visitar el cementerio dónde está tu papá?». Y en ese instante su mirada se nubló. Algo en las dos cambió para siempre.

Mi mamá, después de una larga terapia, pudo darse cuenta que muchas de sus conductas del presente correspondían a un trauma de abuso reiterativo en su infancia. Abuso cometido por uno de sus tíos. Ella me lo confesó con toda calma, mientras se tomaba las pastillas. Me contó lo extraño que había sido descubrir esas imágenes después de tantos años, pues no recordaba absolutamente nada antes de aquella terapia. Entonces vinieron las escenas. El tío la sentaba sobre sus rodillas y comenzaba a meter las manos bajo su vestido.

La respuesta que me dio mi abuela, en cambio, era que un padre que no respeta a su hija no merece ser llamado padre. «¡Bien puede pudrirse el maldito, en la fosa común!», dijo.

Podría seguir hablando de la Valeska y su hijo. De la Valeska y su padre. De nuestros silencios. También podría agregar que volví a ver a la Vale en una feria cercana a casa. Podría agregar que no me atreví a saludarla y agaché la cabeza. De rabia, de miedo, de vergüenza.

Apreté los dientes, mientras miraba las sandías. Hace unos días me la volví a encontrar e imaginé a su madre en una versión inmodificada del dolor. ¿Qué podría haber hecho? Ella, una y otra vez, soñando las infinitas posibilidades de matar a su padre. De sacarle la chucha, de arrancarse bien lejos e intentar otra vida. ¿Qué podría haber dicho? ¿Que tuve suerte? ¿Que es cuestión de azar? Quería decirle algo, pero cualquier palabra era absurda cuando mis ojos apuntaban como una cámara hacia ella y los de ella hacia adentro.